

Nacianceno vino á juntarse con su hermano Cesario á Alejandría, y junto con él fué algun tiempo discípulo del ilustre ciego Dídimo. Se separaron mas tarde; san Cesario para volver á su patria, y Gregorio para irse á Atenas, que era aun mirada como la metrópoli de las ciencias y de las letras. Allí encontró á un jóven á quien tambien conducia la mano de Dios para grandes cosas: este era san Basilio. Había este nacido en Cesarea de Capadocia, en la misma época que san Gregorio, hácia el año 317. La santidad era tambien como hereditaria en su familia. Su padre Basilio, su madre Emelia, Macrina su hermana, Gregorio, obispo de Nisa, y Pedro, obispo de Sebaste, sus hermanos, han sido colocados todos en el catálogo de los santos. El jóven Basilio, enviado desde luego á la escuela pública de Cesarea en Palestina, y despues á Constantinopla, se distinguió sobre todos sus condiscípulos por la rapidez de sus progresos, la vivacidad de su inteligencia y la sólida piedad que vivificaba sus hermosas disposiciones. En esta última ciudad, tomó lecciones de elocuencia del famoso Libanio, que profesaba entonces las letras con aplauso universal. Libanio, aunque pagano, no podia cansarse de admirar los tan extraordinarios talentos de su jóven discípulo, juntos con una rara modestia y una virtud extraordinaria. Dice en sus *Epístolas*, que se sentia como arrobado fuera de sí mismo cada vez que oia hablar en público á Basilio. Mantuvo siempre con este relaciones íntimas epistolares, y jamás cesó de darle las mas inequívocas muestras del alto aprecio y de la profunda veneración que profesaba á sus relevantes méritos. Desde Constantinopla se fué Basilio á Atenas, donde ya se hallaba Gregorio. Estas dos almas, tan dignas una de la otra, se unieron muy pronto con los vínculos de una amistad inmortal. Se comunicaban hasta sus mas íntimos pensamientos, y sobre todo el mutuo deseo que ambos tenian de la perfeccion evangélica. Permanecieron juntos en un retiro estudioso, comian en la misma mesa y partian su tiempo entre trabajos y oraciones comunes. « Ambos teníamos el mismo objeto, decia san Gregorio; buscábamos el mismo tesoro, la virtud; pensábamos

» en nuestra eterna union, preparándonos á la inmortalidad  
 » bienaventurada; nos servíamos recíprocamente de maestros y  
 » celadores, exhortándonos mutuamente á la piedad; no tenia-  
 » mos comercio alguno con aquellos de nuestros compañeros  
 » que eran de costumbres desarregladas, y no frecuentábamos  
 » sino á aquellos que por su modestia, reserva y sabiduría po-  
 » dian sostenernos en la práctica de lo bueno. No sabíamos en  
 » Atenas sino dos caminos: el de la iglesia y el de la escuela pú-  
 » blica: ignorábamos enteramente los de las fiestas mundanas,  
 » espectáculos ó juntas seculares. » Ambos amigos, primeros  
 en el camino de la sabiduría, eran tambien los primeros en la  
 carrera de las ciencias y de las letras. A la retórica, poesía, filo-  
 sofía y dialéctica, Basilio reunia el conocimiento de la geometría  
 y de la astronomía, lo bastante para no ser inferior á los mas  
 adelantados en estos ramos. Las enfermedades á que le sujetó  
 su vida austera y mortificada, le dieron ocasion de añadir el  
 estudio de la medicina, especialmente en sus relaciones con la  
 filosofía. Tantas ciencias y tantas virtudes excitaron la admira-  
 cion general á tal punto, que do quiera se hablaba de Atenas  
 y de sus grandes maestros, se hablaba de la maravillosa pa-  
 reja de amigos, Basilio y Gregorio. Encerraba Atenas enton-  
 ces, entre la poblacion de estudiantes que habitaban en su  
 seno, un jóven de unos veinte años, de mediana estatura,  
 cuello grueso y corto, ojos vivos, pero azorados y volteadores,  
 barba descuidada, anchas espaldas, hombros elevados, que  
 levantaba y meneaba con frecuencia: era el César Juliano,  
 sobrino del emperador Constancio, el cual habia hecho matar  
 á toda su familia, y solo habia perdonado á este jóven. Juliano  
 quiso insinuarse en la tan estrecha amistad de Gregorio y Ba-  
 silio; pero Dios habia dado á ambos amigos, en edad tan  
 tierna, la rara cualidad del conocimiento de los hombres. Des-  
 echaron las propuestas de Juliano; y Gregorio, viéndole afec-  
 tar costumbres austeras y una piedad engañosa, decia: « ¡Qué  
 » víbora alimenta en su seno el imperio romano! Quiera Dios  
 » sea yo profeta falso. » Desgraciadamente se realizaron tan tris-  
 tes previsiones: pues que el jóven hipócrita fué mas tarde un

emperador apóstata. — Habian llegado ya á su término los estudios y carrera de ambos amigos : Basilio y Gregorio tenian que separarse dejando Atenas. Toda la ciudad se conmovió tiernamente al saber su próxima salida ; profesores y alumnos les rodeaban y conjuraban á competencia no salieran aun de la ciudad. Basilio pudo en fin salirse, aunque dejando y llevándose lágrimas ; mas Gregorio no pudo negarse á aceptar una cátedra de elocuencia : pero poco despues se esquivaba en secreto de sus discípulos y va á reunirse con su amigo en su soledad de Capadocia. Allí, en el seno de un piadoso y muy fecundo retiro, esperan la órden de la Providencia y se preparan á las cosas grandes que Dios meditaba hacer por medio de ellos.

18. Otro santo Padre de la Iglesia griega ilustraba á la sazón la ciudad de Jerusalem, su patria. San Cirilo, simple sacerdote, fué destinado por Máximo, obispo de Jerusalem, para predicar todos los domingos en las asambleas de los fieles, y para enseñar al propio tiempo á los catecúmenos. Nos quedan de él veintitres *Catequesis* ó instrucciones orales familiares, cuyas primeras diez y ocho explican el simbolo, y las otras cinco explican los sacramentos del Bautismo, Confirmacion y Eucaristía, que los neófitos recibían entonces en un mismo día. Es un monumento de infinito valor por la claridad y órden con que se expone la doctrina cristiana, y se defiende contra los paganos y herejes. Estas catequesis, que duraban una hora, se hacían bajo los pórticos de la iglesia, mas no en la iglesia misma, en la cual no tenían aun derecho de entrar los oyentes no bautizados. San Cirilo da el nombre de fieles á los que aun antes de haber recibido el bautismo, creían de corazón y profesaban con la boca todo cuanto cree y enseña la Iglesia. El talento y elocuencia que Cirilo desplegó en esta serie de instrucciones, le designaron naturalmente á los sufragios del clero y pueblo, cuando por muerte de Máximo llegó á vacar la silla de Jerusalem. El ilustre sacerdote fué pues proclamado obispo de su ciudad natal con aplauso universal. La aparición milagrosa de la cruz, en 351, vino á confirmar de un modo autén-

tico y solemne los favores con que quería el Señor recompensar los trabajos del santo prelado. No tardó en acarrearle la persecucion de los Arrianos su celo y decision al simbolo de Nicea. Acacio de Cesarea le hizo deponer en 357 bajo de falsos pretextos. Se acusaba á Cirilo de haber disipado los tesoros de la Iglesia. Es verdad que el territorio de Jerusalem hallándose afligido por el hambre, el pueblo, falto de pan, se dirigió á su obispo. Como Cirilo no tenia dinero, vendió las alhajas de oro y telas preciosas para alimentar á los hambrientos cristianos y paganos. Por semejante acusacion el concilio de Cesarea condenó á un obispo católico. Restablecido en 359 por el concilio de Seleucia, san Cirilo fué depuesto segunda vez en el conciliábulo de Constantinopla en 360, y no pudo volver á entrar en Jerusalem sino despues de la muerte de Constancio, que volvió á abrir á tantos desterrados el camino de su patria. Mas le aguardaban nuevos combates.

19. En el fondo del Oriente, la Armenia admiraba á un nuevo apóstol en su patriarca Nerses primero, apellidado el Grande. Era descendiente de la real familia de los Arsacidas, y habia sido educado cuando jóven en Cesarea de Capadocia, y luego en Constantinopla, donde se habia instruido en las humanidades y bellas letras griegas. En esta última ciudad se habia casado con la hija de un gran personaje : viudo despues de tres años de casamiento, Nerses de regreso á su patria habia abrazado la profesion militar : y revestido de muchas dignidades, añadió á ellas la de gentil-hombre del rey Arsaces. Jóven aun, le habian merecido el aprecio general sus virtudes y valor. Su imponente estatura y sus majestuosos modales inspiraban respeto. Llegó á vacar el trono patriarcal de Armenia. Despues de san Gregorio el Iluminador habia habido algunos patriarcas escandalosos, y la religion habia padecido mucho : dos de sus sucesores, aunque virtuosos, no habian tenido bastante energía para remediar tantos males, porque era necesario otro Gregorio el Iluminador. Se celebraba con este objeto tan santo y grave una grande asamblea. De repente se esparce el ruido de que existe un patriarca santo, digno de su abuelo

por sus virtudes, y pasa de boca en boca el nombre de Nerses. Concuerdan todos los sufragios, y en unánime concierto de alabanzas se le confiere el cetro patriarcal. « ¡Solo él será » nuestro pastor! exclamaron todos á una voz; ninguno otro es » mas digno de ocupar el trono episcopal. » Muy ajeno de este universal movimiento, y sobrecogido repentinamente, Nerses quiere sustraerse á tal honor, é intenta fugarse. Mas el rey mismo le manda arrestar, y quitándole la espada real que llevaba como insignia de su dignidad, le manda revestirse inmediatamente con los ornamentos pontificales. No quedó defraudada la esperanza de los católicos armenios. Con los esfuerzos del nuevo patriarca, no tardó en reflorcer la fe en toda la Armenia: las iglesias y altares derribados, fueron reedificados; y se levantaron nuevos templos, dedicados al Dios verdadero, sobre las ruinas de los idólatras edificios: se fundaron hospitales y monasterios; se amansaron y corrigieron las costumbres, y se derramó por todas partes la instruccion y cultura religiosa. Hacia el año 353, á tiempo que Constancio perseguia con la mayor violencia á los obispos católicos, el rey de Armenia le envió una embajada, á cuyo frente estaba el patriarca Nerses. El emperador trató de ganarlo al arrianismo. Mas no pudiéndolo conseguir, se enfureció tanto, que olvidándose de todo derecho de gentes, desterró al santo á una isla desierta.

20. En tanto que veia el Oriente brotar de su fecundo suelo este semillero de hombres grandes, la Iglesia de Occidente poseia tambien ilustres defensores de la fe. En las Galias resonaba entonces el nombre de Hilario de Poitiers. Salido de una de las mas ilustres familias del país, Hilario habia sido educado en el paganismo. Estudió con gran éxito las ciencias profanas, y cultivó especialmente la elocuencia: todos los dones habian sido otorgados á esta inteligencia superior. Y para colmo de su felicidad, la gracia de Dios vino á buscarle en medio de sus ocupaciones literarias y de su predileccion por Quintiliano, á quien habia tomado por maestro y modelo. Hé aquí cómo refiere su conversion: « Consideraba yo que el mas feliz estado segun la

» naturaleza es el reposo en la abundancia, pero que esta dicha » no es comun con los animales privados de razon: entonces » conocí que la felicidad del hombre debia de ser de orden mas » elevado. La vida presente no siendo sino un tejido de penas » y miserias, me pareció que la habíamos recibido para ejer- » citarnos en las virtudes de paciencia, moderacion y manse- » dumbre, y que el Dios de las misericordias no ha podido » dárnosla para hacernos mas miserables quitándonosla. Mi » alma se movia entonces con entusiasmo á conocer á Dios, » autor de tanto bien; yo veia claramente lo absurdo de todo » lo que los paganos enseñaban tocante á la Divinidad, repar- » tiéndola en muchos personajes de uno y otro sexo, atribuyén- » dola á animales, á plantas, á estatuas, á objetos insensibles. » Reconocí que no habia sino un solo Dios eterno, omnipotente, » inmutable. Lleno de estos pensamientos, leí con admiracion » en los libros de Moisés aquestas palabras: « Yo soy el que » soy. » Y en Isaías: « El cielo es mi trono, y la tierra mi » escabel. Lleva el mundo en su mano, y en sus palmas la » tierra. » Y en los Salmos: « ¿ Adónde iré para sustraerme » á vuestro espíritu? ¿ A dónde huiré para ocultarme á tus mi- » radas? » — Estas palabras me hicieron conocer que todo está » sometido á Dios, que es sobre todo, que está en todo y en » todas partes; que él es la fuente de toda hermosura, y la » hermosura infinita. En una palabra, yo comprendí que debia » de creerlo incomprendible. Llevaba mas lejos mis deseos, y » sentia yo la necesidad de una inmortalidad que fuese recom- » pensa de una vida entera de obras buenas; mas la flaqueza » de mi inteligencia me sumia en extrañas perplejidades, » cuando hé aquí que los escritos de los Evangelistas y » Apóstoles me revelaron un mundo nuevo. Leyendo las » primeras páginas del Evangelio de san Juan, yo supe que » Dios tenia un Hijo coeterno y consustancial á su Padre; que » este Hijo, el Verbo de Dios, se habia hecho hombre á fin de » que el hombre pudiese á su vez ser hecho hijo de Dios. » Desde este momento se consumó su conversion. Su esposa abrazó á ejemplo suyo la fe de Cristo, y su hija, Santa Aspra, ofreció al

Dios que acababa de revelarse á su familia su perpetua virginidad. El nuevo convertido fué modelo de los fieles de Poitiers, y á la muerte de su obispo Maxencio, hermano de san Maximino de Tréveris, Hilario fué elegido de voz unánime para sucederle en 353. El nuevo pastor estaba pronto á defender la fe á costa de su vida. Hacia el año 356, dirigió al emperador Constancio un memorial enérgico en nombre de todos los obispos de las Galias contra las violencias de los Arrianos. Sus conclusiones estaban expresadas con una independencia de carácter y lenguaje verdaderamente apostólico: « No sean ya las Iglesias católicas » blanco de tan insoportables persecuciones, decia, de parte » de sus propios hermanos: no se entrometan mas los magis- » trados seculares en juzgar los negocios eclesiásticos: véanse » libres de oír la palabra de sus legítimos pastores los pue- » blos, en vez de verse forzados á someterse á los que corrom- » pen la sana y santa doctrina; cesen las autoridades civiles de » favorecer á los partidarios de la herejía; sean devueltos á » sus iglesias los obispos desterrados, entre otros Eusebio de » Vercelli, Dionisio de Milan, Atanasio de Alejandría, contra el » cual se han quebrantado todas las formas de justicia. La » causa funesta de todo el mal es esa terrible peste, esa nueva » impostura arriana proclamada recientemente por los dos » Eusebios, por Narciso de Nerionada, Teodoro de Heraclea, » Estéban de Antioquía, Acacio de Cesarea, Menofante de » Éfeso, y por dos jóvenes presuntuosos cuya ignorancia iguala á su perversidad, Ursacio y Valente. » Esta firmeza de Hilario le mereció el odio mas encarnizado de los Arrianos. Saturnino, obispo de Arles, partidario suyo, de acuerdo con Ursacio y Valente, tan fulminantemente heridos en la memoria al emperador, abrió un concilio en Beziers el año 356, donde supo Hilario inutilizar todos sus artificios. Se vengaron con hacerle desterrar á la Frigia; pero su pueblo de Poitiers permaneció fiel á su obispo, y desde el fondo del Asia, Hilario gobernaba á su iglesia. El confinamiento en nada resfriaba el celo ardiente del confesor de la fe. Entonces escribió sus doce libros de la *Trinidad*. El primero en desenvolver estos miste-

rios entre los Occidentales, cuyo lenguaje no se habia fijado bien aun respecto de esto, san Hilario tiene algunas expresiones impropias que es necesario explicar por el conjunto de la doctrina. Él mismo deplora mas de una vez la pobreza é insuficiencia del lenguaje humano para hablar de Dios. Despues de hacer ver la incoherencia ó incertidumbre de la filosofia humana, le opone la certidumbre y concierto de la doctrina del cristianismo en ambos Testamentos. En el antiguo, Dios se define á sí mismo: « Yo soy el que soy, » expresion sobrehumana cuya infinita energía trata de desarrollar san Hilario. En el nuevo, un pescador de Galilea, elevándose sobre todas las criaturas, parece penetrar hasta en el seno de la Divinidad. San Hilario comenta aquí el principio del Evangelio de san Juan, y hace resaltar su sublimidad y profundidad. El principal objeto de la obra es probar por el antiguo y nuevo Testamento la trinidad y la *consustancialidad* de las personas divinas, y en particular la divinidad de Jesucristo, y refutar las objeciones de Sabelio y de Arrio. Parece verse en esta obra como una emanacion de aquella fuente de aguas vivas que surten hasta la vida eterna. En toda ella se ve una plenitud infinita de fe y energía, que sola ella prueba que la Iglesia católica, tan vivamente perseguida, no estaba cerca de su ruina. San Hilario sienta como verdad incontestable que cada vez que aparece Dios en el antiguo Testamento bajo figura humana á los patriarcas y profetas, es el Verbo quien se manifestaba así, queriendo en cierto modo acostumbrarnos á su encarnacion real. En esto no hace sino reproducir la doctrina de los primeros santos Padres, san Justino, san Ireneo, Orígenes, Teófilo de Antioquía, Clemente de Alejandría, Tertuliano y san Cipriano. Hasta los mismos Arrianos convenian en ello. Eusebio de Cesarea lo enseña en su *Demostracion evangélica*, y el concilio de Sirmio, celebrado contra Fotino, pronunció anatema contra los que sostuvieren lo contrario. Esta tradicion, continuada despues por san Ambrosio, san Agustín, san Leon y los mas ilustres doctores, ha vuelto á ser tomada y resumida entre los modernos por Bossuet. Es una de las ojeadas mas sublimes, profun-

das y luminosas, para hacerse cargo del conjunto y maravillosa alianza de los dos Testamentos. — Hemos visto como la Providencia condujo á san Hilario al concilio de Seleucia en 360. Despues de la disolucion de este concilio, el obispo de Poitiers se fué á Constantinopla y presentó una solicitud al emperador pidiéndole dos cosas : 1º. ser confrontado con Saturnino de Arles, Ursacio y Valente, para confundir públicamente sus errores ; 2º. ser admitido á una audiencia imperial para tratar en presencia del mismo Constancio la materia de la fe segun el sentido católico. « Buscáis la verdad, príncipe, le decia el » santo; aprendedla, no segun las nuevas fórmulas redactadas » de ayer, sino segun los libros de Dios. Tened presente que no » es una cuestion de filosofía, sino la doctrina del Evangelio. » Constancio no hizo caso alguno de esta comunicacion secreta, y continúa en avivar su despotismo doctrinal hasta el exceso. San Hilario publicó entonces un escrito dirigido no ya al emperador, sino á los fieles católicos. El exordio es de una vehemencia digna de un Apóstol : « Esperemos á Cristo, pues que » domina el Antecristo, dice. Den voces los pastores verdade- » ros, pues que los mercenarios huyen. Sacrifiquemos nues- » tras vidas por nuestras ovejas, porque los lobos han entrado, » y el leon furioso amenaza y busca cómo devorarlas. Vole- » mos al martirio, porque el ángel de Satanás se ha transfor- » mado en ángel de luz. Príncipe impío, tú acoges á los obispos » con el mismo ósculo con que Judas vendió á Cristo : tú incli- » nas la cabeza para recibir su bendicion, y al propio tiempo levantas el pié para hollar la fe ! » Los obispos orientales, espantados del santo atrevimiento de este lenguaje, persuadieron á Constancio se desembarazase de Hilario, haciéndole volver á las Galias. Su regreso á Poitiers fué un triunfo universal : y muy pronto fué como centro de los obispos de la Galia, que acudian presurosamente á él como á regla viva de la fe. Hemos visto á san Febado de Agen ponerse tambien valerosamente sobre la brecha para combatir á la herejía. San Hilario vió revivirse en un ilustre discípulo que se le vino un dia de una compañía de veteranos imperiales, salida del fondo

de la Panonia, hoy la Hungría. Martin, — que así se llamaba, — hijo de un tribuno militar, cristiano á pesar de sus padres, soldado de Cristo antes de ser soldado del imperio, partiendo en las puertas de Amiens su capa en dos partes para dar una á un pobre medio desnudo, pidiendo licencia absoluta al dia siguiente de una batalla en la cual habia desplegado el mas heróico valor, vino á postrarse á los piés del obispo de Poitiers, y aprender de él las virtudes que mas tarde habian de brillar en la persona del gran san Martin, obispo de Tours. — En la misma época, san Eusebio de Vercelli, y san Paulino de Tréveris defendian la verdadera fe con valientes esfuerzos y escritos elocuentes. Lucifero de Cagliari escribia desde el retiro de su destierro una serie de obras que dirigia á Constancio. La *Defensa de san Atanasio*, el libro de los *Reyes apóstatas*, dos tratados : *Que no se ha de tener miramiento con los que se resisten á Dios*; — *Que es menester morir por el Hijo de Dios*, sobresalen por la pureza de la fe y por la energía con que Lucifero reprende á Constancio por su tenaz apego al arrianismo.

Como se ve, el Occidente estaba noblemente representado en el movimiento intelectual que se manifestaba en el seno de la Iglesia católica durante el siglo cuarto. Estaba muy lejos de cerrarse la lista de sus grandes doctores; porque en esta misma época san Ambrosio, futuro obispo de Milan, pasaba ya sus primeros estudios en Roma; san Jerónimo nacia en la Dalmacia en 351, y san Agustin en Tagaste en 354. ¡Cuánta gloria no estaban destinados á dar á la Iglesia!

21. Constancio habia arruinado el tesoro imperial en gastos de carruajes y medios de transportes para llevar continuamente los obispos á sus concilios. Juliano, su sucesor, acabó de agotarlo para restablecer los templos de los ídolos destruidos por Constantino, y en comprar rebaños innumerables de bueyes para sus hecatombas, á tal punto que un satírico le dirigió cierto dia un billete en estos términos : « Los bueyes blancos » al César Juliano, salud. Acabamos de perecer todos si triun- » fais. » El jovenzuelo que en Atenas solicitaba el favor de ser